LA MODA ELEGANTE

Año XXII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 8.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
DIRECTOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
Al que reuna seis suscriciones se le dará una gratis.

Sumario.—Paisaje para copia al dibujo ó bordado.—Estrella al crochet.—Punta de pañuelo.—Cenefa.—*Los mendigos.*—*Polka Bohema.*—Cuentos campesinos.—Poesía.—El Doctor Antonio.—Teatro Principal.—Figurin iluminado.—Solucion del geroglífico anterior.—Geroglífico.

Paisage con carneros para copia al dibujo ó bordado.

El estudio del dibujo de animales agrícolas y su representacion sobre el lienzo, alcanza hoy gran favor en Francia, merced á los admirables trabajos de Rosa Bonheur, artista de superior mérito, que puede decirse ha creado este género. En él los animales son el verdadero objeto importante de los cuadros, luego el terreno, luego en fin el hombre, que siempre aparece como un accesorio no mas, y eso cuando es indispensable. — Las obras de aquella han sido y son imitadas por muchos, y puede decirse por tanto que ha logrado crear una escuela.— A ella pertenece el dibujo que va inserto en nuestro número, y que hemos creido conducente reproducir aquí, no solo *porque pueden* las aficionadas copiarlo al lápiz y *en colorido*, sino porque además podrán *utilizarlo* por medio del bordado para esos *cien* objetos de labor que publicamos *todos los dias*, y en los que se deja á voluntad el adorno, por no poner trabas, con un dibujo ya hecho, al gusto individual y á la destreza de quien de aquella labor se ocupa.

PAISAGE PARA COPIA AL DIBUJO Ó BORDADO.

Estrella al crochet.

Nuestras lectoras verán *en la página siguiente* la estrella de que tratamos en *tamaño natural*. Antes de dar los detalles indispensables para la ejecucion de esta labor, vamos á indicarles los *diferentes* usos en que puede emplearse.

Si estas estrellas se destinan para colchas, velo de butaca, paño de tocador, etc., se hacen enteramente de algodon blanco, mas ó menos fino, segun el tiempo que quiera emplearse en este trabajo; pero estas estrellas, cuyo centro presenta una rosa de relieve, pueden servir tambien para componer bonitas colchas para niños. Esta rosa se hace con lana de cinco colores diferentes; el círculo calado que la rodea es de algodon blanco. Se hará por ejemplo la rosa con cinco matices ó variedades de grosella, recorriendo la escala de este color, desde el negro hasta el grosella claro (es decir, rosa oscuro), y cuando esté hecho el círculo de algodon blanco, y reunidas las estrellas, se forrará esta colcha con cachemira ó con merino de un color de rosa mas pálido *que el matiz mas claro* de la rosa de relieve. Tambien *podria hacerse esta* rosa con lana gris y forrar *la colcha con cachemira* azul de China. Sea cualquiera *la combinacion* que se adoptare, garantizamos

© Biblioteca Nacional de España

á nuestras lectoras que quedarán satisfechas del resultado y del efecto de esta labor.

Si se hace esta estrella enteramente de algodon blanco, se considerarán como no habidos los detalles que designan en nuestra descripcion los diversos matices de la rosa; la estrella se principiará y concluirá con algodon.

Tómese lana negra y se hace una cadeneta compuesta de 8 puntos; se une el primero con el último á fin de formar un círculo.

La 1.ª *vuelta* se compone de 8 presillas hechas en los 8 puntos de la cadeneta, y separadas una de otra por dos puntos en el aire.

2.ª *vuelta*.—Lana color de grosella muy oscuro.—* 1 punto sencillo,—3 presillas,—un punto sencillo sobre los 2 puntos en el aire mas próximos pertenecientes á la vuelta anterior. Vuélvase á empezar 7 veces desde *.

3.ª *vuelta*.—Lana color de grosella algo menos oscuro.—* 3 puntos en el aire,—1 punto sencillo. Los puntos en el aire deberán hallarse detrás de la hojita formada por las presillas en la vuelta anterior; el punto sencillo se coloca en el vacío que se halla entre cada hoja. Vuélvase á empezar 7 veces desde *.

4.ª *vuelta*.—El mismo color. — En los puntos en el aire de la vuelta anterior se hacen: * 1 punto sencillo,—5 presillas,—1 punto sencillo. Se recomenzará 7 veces desde * para completar la segunda hilera de hojas.

5.ª *vuelta*.—Lana color de grosella menos oscuro. Como la 3.ª vuelta, con esta diferencia, que se hacen 4 puntos en el aire en vez de tres.

6.ª *vuelta*.—El mismo color.—En los puntos en el aire de la vuelta anterior se hacen: * 1 punto sencillo,—7 presillas,—1 punto sencillo. Vuélvase á empezar nueve veces desde *. Está concluida la tercera hilera de hojas.

7.ª *vuelta*.—Lana color de rosa oscuro.—Como la 3.ª y la 5.ª, con la diferencia de que se hacen 5 puntos en el aire en vez de los 3 puntos en el aire de la 3.ª vuelta. Estos puntos en el aire deberán hallarse siempre colocados detrás de las hojas hechas en la vuelta anterior

8.ª *vuelta*.—El mismo color. —En los puntos en el aire de la vuelta anterior se hacen: * 1 punto sencillo,—9 presillas,—1 punto sencillo. Recomiéncese 7 veces desde *. Estas 8 vueltas componen la rosa de relieve.

Se toma algodon blanco y se rodea la rosa con una vuelta compuesta de presillas. En cada una de las 8 hojas de la rosa deberá haber 8 presillas. Antes de proseguir la descripcion de esta vuelta, diremos que á fin de dejar las hojas con todo el relieve posible, es menester picar la cadeneta, no en uno de los lados del punto, sino detrás de este punto, en el bucle que le aprieta hácia el medio. Volvamos á continuar nuestra vuelta: al principio se hacen 5 puntos en el aire, despues una presilla: cada una está separada de la siguiente por 2 puntos en el aire; los últimos puntos en el aire están unidos á la primera presilla: en la vuelta entera deberá haber 32 presillas.

La 10.ª *vuelta* está compuesta enteramente de puntos sencillos, cuyo número es igual al de las presillas de la vuelta anterior.

11.ª *vuelta*.—5 puntos en el aire (cuyos tres primeros sirven para formar una presilla),—una presilla, y se pasan entre estas 2 presillas 2 puntos de la vuelta anterior;—* 8 puntos en el aire, bajo los cuales se pasan 5 puntos de la vuelta anterior, —despues 3 presillas, entre cada una 2 puntos en el aire, bajo los cuales se pasan 2 puntos de la vuelta anterior. La presilla del medio de estas 3 deberá hallarse encima del vacío que separa dos hojas de la rosa perteneciente á la última hilera de esta. Se volverá á empezar seis veces desde *.—En seguida se hacen: 8 puntos en el aire, una presilla,—2 puntos en el aire. Estos se unen á la primera presilla de la presente vuelta.

12.ª *vuelta*.—En el primer feston de presillas se hacen 2 á 8 puntos de cadeneta, á fin de llgar al gran feston, sobre el cual se hacen: * 1 punto sencillo,—11 presillas,—1 punto sencillo sobre el feston de presillas siguiente: un punto sencillo, —5 puntos en el aire;—y despues otro punto sencillo sobre el feston de las presillas siguientes. Se volverá á empezar siete veces desde *.

13.ª *vuelta*.—Sobre el feston de puntos en el aire se hacen 2 puntos hácia atrás con el fin de llegar al medio: despues * 2 puntos en el aire,—una presilla en el segundo punto del gran feston cubierto de presillas, picando el ganchito, como en la primera vuelta que rodea la rosa, no en uno de los lados del punto, sino en el buclecito de atrás, á fin de que el borde de la presilla quede en relieve. Se hacen en seguida 2 puntos en el aire, —una presilla en el 4.º punto de la vuelta anterior.—Despues se harán 4 veces de seguido: 1 punto en el aire, acompañado de una presilla en los cuatro puntos mas próximos al gran feston siguiente,—despues 2 puntos en el aire,—una presilla en el 10.º punto del mismo feston,—2 puntos en el aire,—1 punto sencillo en el punto del medio de los 5 puntos en el aire de la vuelta anterior. Se vuelve á comenzar 7 veces desde *.

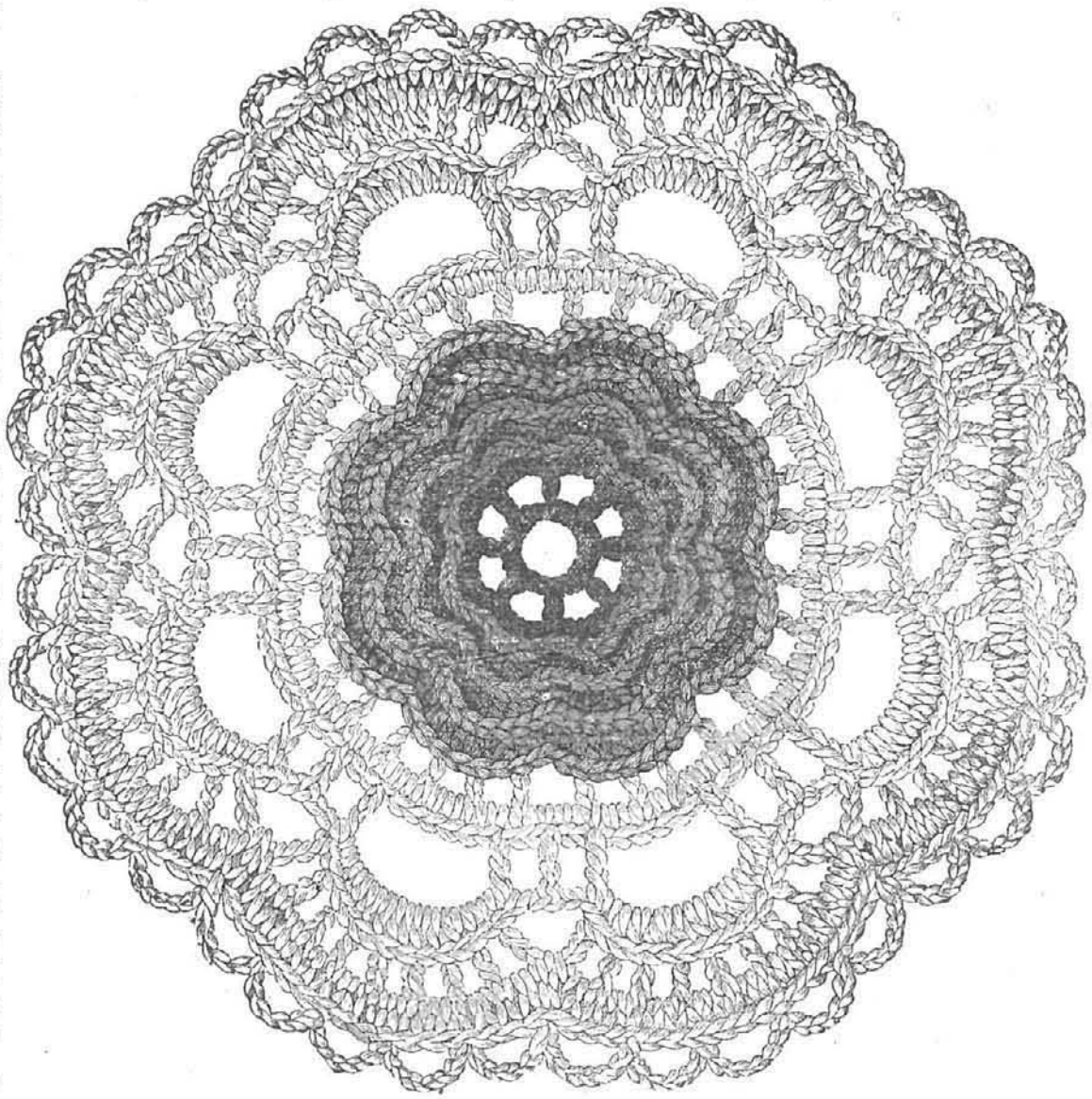
14.ª *vuelta*.—Enteramente de puntos sencillos.—En medio de cada hoja se aumenta el número de los puntos, haciendo uno ó dos mas. Esta vuelta está hecha tomando el punto entero, es decir, pasando el ganchito bajo los dos lados del punto.

15.ª *vuelta*.—Como la anterior.

16.ª *vuelta*.—Encima de cada una de las 8 hojas de la rosa, se hacen 5 festones, compuestos de cinco puntos en el aire y de un punto sencillo. El punto sencillo del quinto feston deberá hallarse siempre encima del vacío que hay entre cada hoja de la rosa. Bajo cada feston, compuesto de puntos en el aire, se posan 2 á 3 puntos de la vuelta anterior. La estrella está concluida.

Cuando ya se ha hecho un suficiente número de ellas, se unen las estrellas: se hace una rosa de relieve (sin nada al rededor) para llenar el hueco que se halla en medio de cuatro estrellas reunidas. Se pegan dos estrellas cosiendo juntos un medio feston exterior de la estrella, cuatro festones enteros y otro medio feston, á fin de que, en el hueco que dejan las cuatro estrellas reunidas, haya siempre cuatro festones enteros que estén libres, sobre los cuales descansa la rosa sin cerco. Se pegará esta rosa por el revés, á fin de que la vuelta exterior de estas hojas quede en relieve.

Tomando algodon muy fino se hacen con este dibujo paños para cubrir acericos de un efecto muy lindo. Se hará éste de raso de un color vivo: cereza, azul, naranja ó verde esmeralda.



ESTRELLA AL CROCHET.

Punta de pañuelo.

Este pañuelo se hace en aplicacion de batista sobre tul de Bruselas: los contornos están hechos con algodon muy fino: una linea blanca indica el centro de la cenefa.

Añadiremos aquí que este dibujo puede ejecutarse enteramente de realce si se suprime la cenefa exterior y se la remplaza por un feston que siga las ondulaciones del borde de esta cenefa: en este caso se colocaria en cada una de estas ondulaciones una florecita proporcionada á la dimension del feston.

Cenefa ó guarnicion de enaguas.

Esta cenefa podrá servir para peinadores, enaguas, etc.; puede bordársela por encima del dobladillo de un vestido de muselina blanca. Tambien se puede repetir esta cenefa tres veces en la altura de la falda, y colocar bajo cada cenefa una cinta de color cuando se quiere hacer un traje de baile.

LOS MENDIGOS.

La mendicidad ha venido á ser un modo de vivir como otro cualquiera, mas cómodo que otro cualquiera, porque es un modo de vivir de balde; y desde el pícaro Guzman de Alfarache acá, la profesion de *mendigo* ha hecho notabilísimos progresos, como todas las cosas de este mundo.

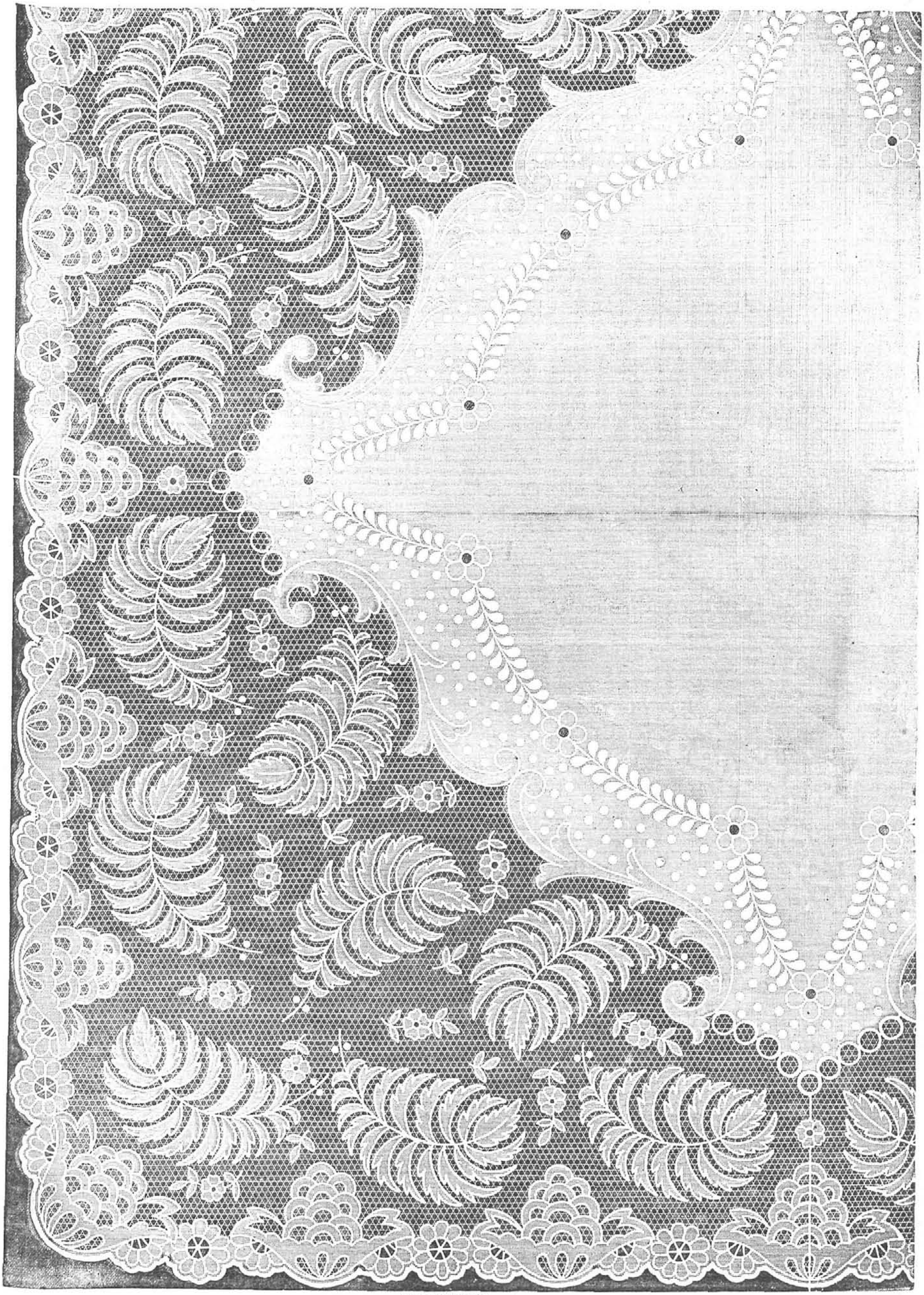
En la antigüedad, los mendigos eran gente miserable ó viciosa, nacida en la clase mas ínfima de la sociedad, y que se arrastraba á pedir una limosna al poderoso y al acomodado, limosna que recibia ó no, y que le valia á veces incurrir en las penas con que se castigaba el vicio de mendigar.

Las leyes de aquellos tiempos respecto de los mendigos eran mucho mejores que las nuestras; sus resultados, á lo menos, lo demuestran. — Segun Herodoto, los ejipcios no toleraban mendigos ni vagabundos; cada distrito tenia su juez de policía á quien todo ciudadano daba anualmente cuenta de sus medios de subsistencia.

Lo mismo sucedia entre los griegos, á juzgar por estas palabras de Platon: «No hay mendigos en nuestra república, y si alguno ejerce este vergonzoso oficio, el magistrado le obliga á salir del país.» — Uno de los primeros deberes de los censores romanos era perseguir la mendicidad, y las leyes eran en este punto tan rigorosas, que consignaban testualmente que era mejor dejar morir de hambre á los mendigos vagabundos que socorrerlos y hacerse así cómplice de su ociosidad. *Polius expedit inerte fame perire quàm in ignavia favere.*—Los hospitales que Constantino fundó en favor de los cristianos libertados de la esclavitud llegaron á ser en cierto modo seminarios de la mendicidad, cuya plaga se extendió despues por toda Europa. Carlomagno, publicando edictos contra la mendicidad vagabunda, con prohibicion expresa de socorrer á mendigo alguno, que no estuviera imposibilitado para trabajar, acabó por librar sus vastos Estados de gente abyecta, viciosa y perdida; pero dos siglos despues, la fundacion y el ejemplo de una órden de religiosos dedicados á la limosna, hicieron reproducirse la raza de los mendigos. En la regla de unos y otros entraba la costumbre de vivir sin trabajar y á costa del prójimo. Los frailes pudieron hacer respetar sus reglas; los mendigos no han podido nunca legitimar las suyas.

Desde entonces acá, los gobiernos han procurado por diversos medios destruir la mendicidad, pero casi siem-

© Biblioteca Nacional de España



PUNTA DE PAÑUELO.

© Biblioteca Nacional de España

pre le han procurado en vano.

Hoy tenemos en España muchos establecimientos de beneficencia, y cada dia la clase media, la aristocracia y el gobierno se ocupan con laudable celo en procurar el bienestar del pobre y el desvalido; sin embargo, hoy como antes, es excesivo el número de pordioseros que molestan en las calles, en los paseos, en todas partes á los transeuntes.—Es que la mendicidad es el pretesto de los que tienen odio al trabajo, y tambien de los que tienen demasiado amor á la propiedad agena.

Hay padres que obligan á sus tiernos hijos á que mendiguen en los cafés, en los paseos, en las puertas de los templos ó los teatros, y viven á costa del vergonzoso oficio que imponen á las pobres criaturas, quienes sin recibir otra educacion, golpeadas frecuentemente por sus mismos padres, y aprendiendo que solo evitan el castigo el dia que mas dinero recogen, adquieren los peores instintos, y no es mucho si despues, á los quince ó veinte años empiezan á visitar las cárceles, y se acostumbran á pasar en ellas largas temporadas, para acabar despues con un grillete al pié, en un presidio, ó á manos de un verdugo, en el teatro de sus crímenes.

No es difícil hallar en las afueras de Madrid hediondos lupanares donde se albergan nnmerosas partidas de mendigos, que tienen su jefe, y su sistema de operaciones, y la práctica de los vicios mas repugnantes. Entre ellos suelen encontrarse ciegos con vista, cojos que corren como desesperados cuando llega la ocasion, y tullidos robustos y sanos como flamencos, y licenciados que jamás han sido militares, y madres de cinco ó mas hijos, á quien nunca ha dado la naturaleza la satisfaccion de verse reproducidas, muchachos llorones porque tienen en el hospital á sus padres, siendo lo cierto que no han tenido padres nunca, doncellas gitanas de esas que echan la buena ventura, y la mano á todo lo que hallan á su alcance, y otros tipos que aunque diferentes en la forma son, por decirlo así, iguales en el fondo.

Para estas gentes están demás los asilos de beneficencia; como son generalmente útiles para el trabajo, y lo que precisamente les asusta es el trabajo, he aquí por qué consideran la mayor desgracia que puede sobrevenirles la de entrar en uno de los citados establecimientos, donde se dá abrigo y casa al pobre y no se le pide mucho, pidiéndole un poco de trabajo, cuando la edad ó las enfermedades no le postran y enervan sus fuerzas.

Hay otros mendigos que podrian vivir modestamente sin mendigar, pero en quienes el pedir es un vicio incorregible, una costumbre que por nada abandonarian; alguna que otra vez se encuentra uno de estos mendigos muerto en medio de una calle, ó en una sombría boardilla, y no es difícil que, registrando sus ropas, se tropiece con tres ó cuatro onzas, y á veces con mucho mas, que el miserable guardaba, sin otro objeto que el de satisfacer el vil placer de poseerlas.

Un autor francés nos habla de un mendigo que todos los dias se situaba en los Italianos ó en la calle de Provence, en Paris, decentemente vestido, y á quien de dos á tres de la tarde se acercaba una criada que le servia, con objeto de anunciarle que ya estaba á punto la comida; una hora empleaba en comer aquel hombre, y luego volvia á su puesto y seguia pidiendo limosna hasta que, al anochecer, en invierno, tornaba la criada á llevarle un gaban de abrigo, ó un paraguas, cuando el tiempo estaba lluvioso; á las diez ó las once se retiraba gravemente á su casa, y el dia siguiente volvia á presentarse como si tal cosa.

He dicho antes que en la antigüedad los mendigos eran gente miserable y abyecta, nacida en la clase mas ínfima de la sociedad. Hoy, además de los mendigos de esta clase, tenemos otros mendigos que solo se diferencian de aquellos en que no piden una limosna por amor de Dios, para comprar un panecillo; por lo demás, la calificacion de mendigos les cuadra perfectamente.

Todos los hombres que, faltos de merecimientos propios, se proponen medrar con la proteccion de los que ocupan distinguidas posiciones, son mendigos; como estos piden lo que nadie tiene obligacion de darles, lo que ellos no han ganado, y por consiguiente no han merecido.

Estos mendigos se humillan mucho mas que los que piden una limosna en la calle al transeunte.—Napoleon decia de cierto ilustre mendigo,—«No sé en qué consiste que, teniendo este hombre ocho pulgadas de estatura mas que yo, siempre que me habla tengo que bajarme para oirle.»

Estos mendigos tienen siempre en la memoria aquel vulgarísimo refran; pobre porfiado saca mendrugo, y en efecto, raro es el que al fin y al cabo no logra lo que desea, repitiendo de paso otro dicho vulgar: dame pan y dime tonto.—Generalmente los hombres que se amoldan al carácter de quien les puede servir, y que sufren imperturbables los mayores desaires, y lo mismo que perros leales, lamen las manos que les ofenden, guardando á la vez el rencor y la venganza para cuando encuentran ocasion propicia, saltan por encima de los hombres de carácter digno, franco y leal, que ni envidian ni se humillan al poderoso, que siguen su camino sin empeñarse en ponerse delante de los demás, ni en dejar atrás á ninguno.

Estos mendigos, que se llaman aduladores, tienen, justo es confesarlo, el talento de conocerse á sí propios. —Resultado de este conocimiento, es el sistema que adoptan: ellos no pueden llegar por sí solos á lo que su ambicion desea; es preciso que los demás sean quienes les ayuden á llegar.

Para esto necesita el hombre renunciar á su independencia, llevar siempre el sombrero en la mano, acostumbrarse á esperar, llegar veinte veces á la puerta que diez veces ha encontrado cerrada, y en fin, como dice un sábio escritor francés, alargar una mano al señor y estrechar con la otra la de el lacayo.

Bajo este punto de vista, en todas las clases de la sociedad hay mendigos: en la política, en la industria, en el comercio, en la literatura, en la milicia, en las artes: en todas las profesiones hay mendigos, que son generalmente las nulidades, los que carecen de condiciones de inteligencia y perseverancia para hacerse lugar, y se lo hacen, como si dijéramos, por amor de Dios.

El actor de quien el público no se acuerda, y á quien vé y oye con absoluta indiferencia, ¿qué es mas que un mendigo cuando vá á pedir á un periodista un elogio?...

¿No es un mendigo el que hace una solicitud para que sin que él haya hecho cosa notable, le concedan una cruz insignificante?

¿No lo es tambien el sastre que sitúa su tienda enfrente de la de otro, y ofrece hacer una levita por un duro menos que aquel?

¿No mendiga tambien la mujer jóven y bella, que recibe con halagüeño semblante y distingue mas que á todos á un viejo millonario, solo porque este puede *hacer la felicidad* de la mujer con quien se case?

La frase que acabo de subrayar es muy comun entre las mujeres de la presente edad, cuando tratan de un solteron lleno de dinero, años y vicios.—Esta frase demuestra por sí sola, mejor que todos los estudios de costumbre que se escriben ahora y que se han escrito antes, cuál es el verdadero espíritu del siglo.

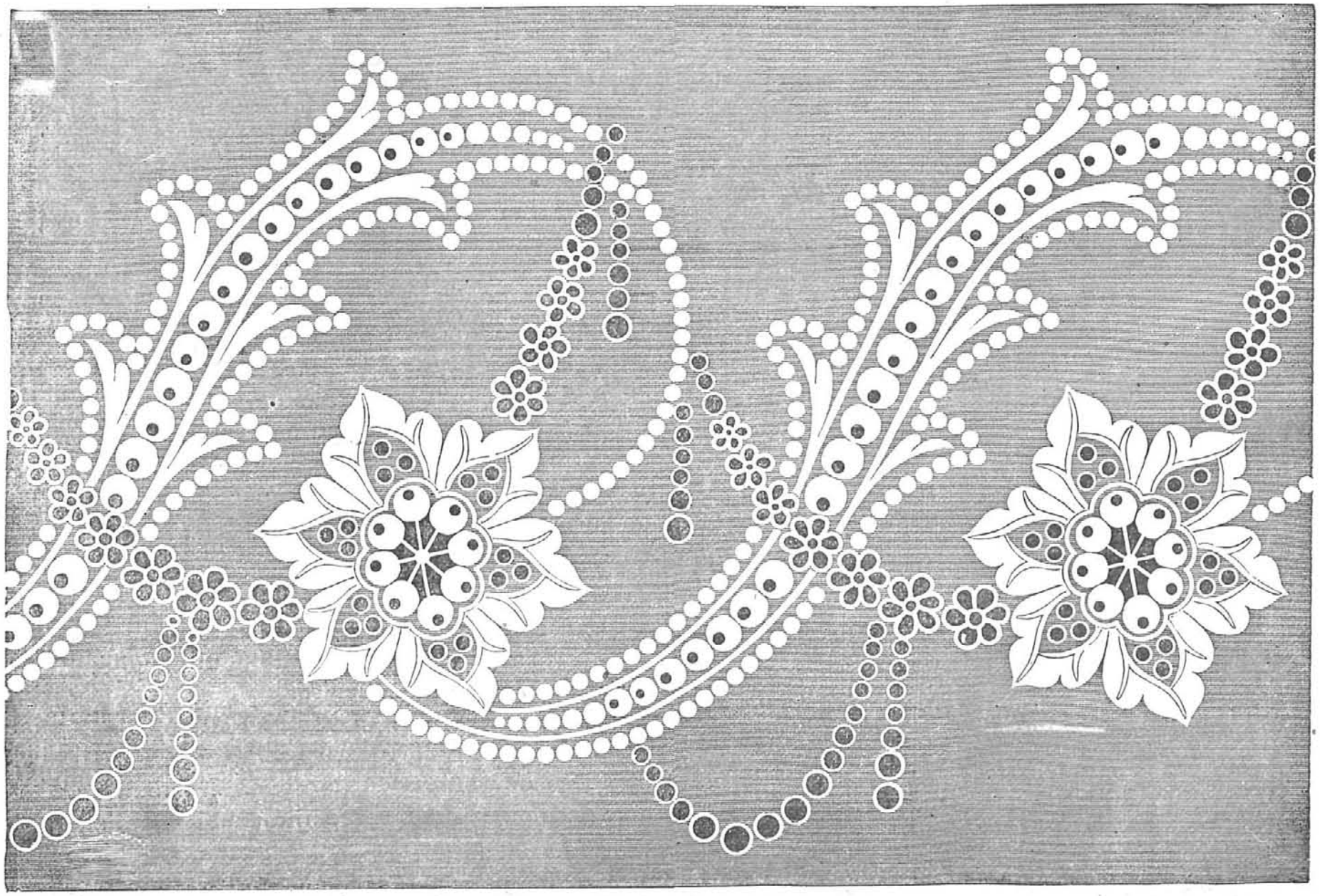
¿No es un mendigo el gobernante caido por sus pecados ó sus torpezas, que con discursos ó manifiestos procura ganarse simpatías que le vuelvan á colocar en el perdido puesto?

¿No es un mendigo el buen mozo pobre que solicita casarse con una mujer rica?

¿No es tambien un mendigo el que hace ostentacion de ser amigo del poderoso, y desconoce al pobre que algun dia fué su amigo verdadero?

¿No es un mendigo el curandero ignorante que usurpa el título de médico, y anuncia en letras gordas que cura todas las enfermedades á un precio módico?

Otros muchos ejemplos podria citar de mendigos, que no lo parecen, pero que en rigor lo son, y mucho mas importunos y mas exigentes que los que piden limosna en los sitios públicos.—Algunos de estos últimos suelen morirse de hambre; en cambio aquellos suelen morirse de ahitos.



GUARNICION PARA ENAGUAS BLANCAS.

© Biblioteca Nacional de España

Por supuesto que el mendigo de esta clase que llega al logro de sus deseos, que consigue ver satisfecha su ambicion, es despues un monstruo de ingratitud para con los mismos á cuyos piés se arrastró algun dia, é indiferente á toda desgracia agena, é incapaz de hacer por otro lo que alguna vez, á costa de su dignidad, solicitó que hicieran por él mismo.—El egoismo mas repugnante es la base de todas sus acciones.

Para no ser mendigo, ni de una ni de otra clase, lo mejor es tener amor al trabajo, constancia y aliento para sufrir los reveses de la fortuna, y fé en la Providencia que, mas justa que los hombres á cada cual dá lo que le corresponde.

CARLOS FRONTAURA.

CUENTOS CAMPESINOS

POR

DON ANTONIO DE TRUEBA.

Lo que es poesía.

(Conclusion.)

—Pues consiste en que en aquel libro no hay mas que versos, en lo que cuenta ese anciano no hay mas que poesia.

Levantámonos de la mesa é ibamos á bajar á la huerta, cuando Ana se detuvo exclamando:

—Ay que no le habiamos dicho á Vd. nada del cuadro.

—Qué cuadro?

—Uno que nos ha regalado un pintor de Madrid amigo de Pepe.

—Y es bueno?

—Precioso. Venga Vd. á la sala y le verá. Representa las inmediaciones de Villaviciosa con las huertas y el castillo. Cosa mas propia!...

Encaminámonos todos á la sala, y en efecto me encontré en esta con un cuadrito que merecia la calificacion de precioso que Ana le habia dado. Era un país pintado á la lijera, pero lleno de frescura, de verdad y de encanto.

POLKA BOHEMA.

Introduccion. Por A. PRESLING.

© Biblioteca Nacional de España

—Qué le parece á Vd.? me preguntó Ana.
—Me parece lindísimo. ¿Y cómo se llama el pintor?
—Se llama el Sr. de Haes.

Al oir este nombre se duplicó la alegría de mi corazon, porque confieso que los paises de Haes tienen para mi tal encanto, que hasta el nombre del pintor me causa ese placer, esa alegría inexplicable que hace sentir todo lo que tiene relacion, con los objetos ó con los sentimientos agradables.

En aquel reducido lienzo aparecian con todos sus accidentes el hermoso vallecito, por cuyo fondo corre el arroyo que fertiliza las huertas de Villaviciosa, y el cerro en cuya cúspide se alza el castillo donde espiró el rey D. Fernando VI.

—Yo me paso las horas muertas viendo ese cuadro, me dijo Ana.
—Y yo tambien.
—Y yo.
—Y yo, añadieron Mariquita y los niños.
—¿Pero en qué consiste, me preguntó Ana, el placer que se siente viendo ese cuadro, cuando está una harta de ver el original? ¿Y en qué consiste que el original no encanta tanto como la copia?
—Consiste en la poesía del arte.
—Qué! ¿el arte tiene poesía?
—No la ha de tener, si la poesía y la belleza, vienen á ser una misma cosa!
—Y cuál es la poesía del arte?...
—La poesia del arte es lo que hace á Vd. pasarse las horas muertas contemplando ese paisaje; lo que hace á Vd. experimentar mayor encanto viendo la copia que viendo el original; lo que siente Vd. delante de ese cuadro.
—Qué cosa tan hermosa es la poesía!
—Como que es la hermosura misma.

En la sala habia un piano.

—La poesía, la pintura y la música son hermanas. Ya nos hemos entretenido un rato, con las dos primeras y no seria malo que nos estuviéramos un poquito tambien con la última, dije á Ana indicándole el piano.
—Vaya, vaya, déjeme V. de música, que eso se queda para los jóvenes.
—Si es Vd. vieja rejuvenézcase V. cantando con acompañamiento de piano una de aquellas barcarolas con que tantas veces ha enamorado á Pepe.
—Si hace un siglo que no me he sentado al piano con tanto como le dan á una que hacer esos enemigos...
—Vamos, mamá, no se haga V. rogar, dijo la Mariquita viniendo en mi ayuda.
—Malo y rogado es dos veces malo, contesté al fin Ana, sentándose al piano.

Y comenzó á tocar y cantar una barcarola de Arrieta llena de la dulcísima melancolía que este inspirado artista derrama en todas sus delicadas creaciones.

Aquel encanto y aquellas melodías empezaron á sumergirnos en una especie de éxtasis inexplicable, y aun cuando Ana se levantó del piano, lo mismo sus ojos que los de Mariquita y los mios, estaban encendidos y húmedos.

Todos los recuerdos dulces y amorosos que encerraba mi vida se habian despertado en mi corazon al oir aquel tierno y melancólico canto, y creo firmemente que el mismo sentimiento habia hecho afluir las lágrimas á los ojos de Ana y á los de Mariquita.

—Señor, dijo Ana, ¿qué tendria la música que hace sentir esto que una siente?...
—Lo que tiene y lo que derrama en el alma, es poesia, contesté.

Poco despues fuimos todos á dar un paseo por la huerta.

El mozo rubio se puso á cantar:

—Te llaman la azulerita
porque te gusta lo azul:
por mas que lo azul te guste,
mas me gustas á mi tú.

—¡Canta bien ese muchacho! dije. ¡Y es guapo chico!
—Ya lo sabe mi hija, contestó Ana.

La muchacha se puso coloradita como una rosa.

—¡Hola, ¡hola, Mariquita! ¿con que todo eso tenemos?
—Vaya, replicó Mariquita ahuecando la voz y poniéndose encendida como un clavel, ¡qué cosas tienen Vds?...
—¿Con que noviecito ya?
—¡Si novio!...
—Di que si lo es, exclamó Pepito agarrándose de mis faldones y haciéndome burladero de las embestidas que le daba su hermana, llamándole picotero y otras picardías por el estilo.

El gaterilla me hizo seña con la mano para que me inclinase: me incliné y entonces me dijo al oido mirando de reojo á ver si se acercaba su hermana:

—Mira, el otro dia fuí con la Mariquita á la fuente y encontramos al rubio que tenia un clavel en la boca. El rubio le dijo á Mariquita; ¡bendita sea la madre que te parió! y le tiró el clavel. La Mariquita se puso muy alegre y despues que se marchó el rubio, besaba el clavel, y tenia los ojos mojados. ¿Sabes tú qué es eso?

Iba yo á contestar que todo aquello era poesía, pero recordé que quien me lo preguntaba era Pepito y no su madre, y contesté al oido del niño:

—Eso es que cuando los niños cuentan lo que oyen ó ven sin preguntárselo nadie, viene un pajarito muy feo, muy feo, y ¡pin! les dá un picotazo muy fuerte, muy fuerte en la lengua.
—¡Anda, engañoso! ¡Ya no te quiero! dijo Pepito muy enfadado dejando en libertad el faldon de mi levita para ir á hacer presa en la falda de su madre. A pesar de que habia aparentado no dar crédito á lo del picotazo, no debia tenerlas todas consigo, pues desde aquel instante calló como un muerto, y noté que, así como quien no quiere se tapaba la cara con la falda de su madre cada vez que nos hacia la rosca algun pájaro.

Recorrimos de un extremo á otro la huerta, que tenia honores de jardin, y estaba tan deliciosa como la tarde, y disfrutamos entre otras cosas, de una magnífica serenata que nos dieron los pájaros.

Estos artistas sabian muy bien que aquellas no eran sus mejores horas de inspiracion, pero dijeron:—Qué demonche, hay que hacer de tripas corazon para obsequiar á los forasteros; y cantaron que se las pelaron.

En una colinita que se alzaba á un extremo de la huerta, nos detuvimos silenciosos. El sol declinaba trás de las lejanas lomas de occidente, y sus últimos y amarillentos rayos bañaban de vaga y misteriosa luz la campiña. Allá á lo lejos se oian los cantares del labrador que recogia sus aperos para tornar á la aldea, y nos pareció que la apacible brisa de la tarde traia hasta nosotros el toque de unas campanas mezclado con los vagos rumores del monte y de la campiña y el murmullo del Guadarrama, cuya corriente parecia callar cuando la brisa no venia á acariciar nuestra frente. Murmullos, perfumes, cantos de pájaros, el sol tocando en el ocaso... todo esto sumia nuestro corazon en dulcísima melancolía.

Miré en mi derredor. Mariquita y los niños habian desaparecido, y solo estaba á mi lado Ana, entregada á aquella especie de éxtasis que embargaba mis sentidos. Ignoro si mis ojos estaban húmedos, pero me pareció descubrir una lágrima en los de Ana.

—¡Qué pensativa se ha quedado Vd.! dije á esta.
—¡Pues mira quién habla! me contestó haciendo un esfuerzo para sonreir.
—¿En qué piensa Vd?
—¡En qué he de pensar! En mi marido, en mis hijos, en mis padres que estén en gloria, en mis hermanos, en... en fin, en todas las personas que una quiere ó ha querido.
—¿Y por qué piensa Vd. en ellas ahora con mas ternura y mas amor que otras veces?
—Justamente eso le iba yo á preguntar á Vd. ¿Señor, qué será esta dulce tristeza, este cariño, esta gana de llorar que una siente cuando se pára á ver cómo el sol se pone, y á escuchar todos esos ruidos confusos que el viento trae al anochecer?
—¡Ana! ¿quiere Vd. saber qué es eso?
—¿Pues no he de querer?
—¡Eso es poesía!
—¡Bendita sea la poesía si es lo que ya me voy figurando!

IV.

—¡Calla! pues sus hijos de Vd. se han despedido á la francesa!
—Lo que es los niños se habrán ido á casa y estarán ya durmiendo como cachorritos. No es extraño con lo que esas criaturas bregan todo el santísimo dia, que parece que tienen azogue en el cuerpo.
—¿Pero y la Marujilla?
—¿La Marujilla? Esa no hay que preguntar á donde ha ido: á hablar con el rubio, que se despepita por él.

Dimos algunos pasos mas, y encontramos á Luis y á Pepito sobre un monton de oloroso heno dormidos «como cachorritos», tranquilos, sonrosados, hermosos como el sentimiento que reflejaron los ojos de su madre cuando ésta me dijo lanzándose á desahogar en aquellos pedazos de sus entrañas el sentimiento que poco antes la habia yo ayudado á definir:

—Mire Vd., mire Vd. qué alhajas de hijos me ha dado Dios! Hiiii! bendito seais, que valeis vosotros mas pesetas que el rey de España!...

Y Ana, chillando como una loca y comiéndose á besos á sus hijos, despertó á los gaterillas, que nos siguieron restregándose los ojos con los puños y haciendo pucheritos con la boca.

En efecto, la Mariquita estaba hablando con el rubio, y así que notó que nos acercábamos, se dispuso á cortar el coloquio con un ¡qué fastidio! que no se escapó á mi oido.

Iba ya anocheciendo, y mis ojos no pudieron distinguir lo que la Mariquita hizo al despedirse de su novio; pero como á los ojos de las madres nada se escapa, Ana me dijo al oido para que no lo oyesen los niños:

—Mire Vd. qué condenada de chica: ha arrancado un pensamiento de la mata que hay al pié de la tapia, le ha dado un beso y se le ha echado al rubio. ¡Ha visto Vd. qué grandísima pícara!
—Perdónele Vd. esa inocente fineza, en gracia del sentimiento que debe llenar el corazon de la pobre chica.
—Ya, pero eso es muy mal hecho; eso...
—Eso es poesía.

La Mariquita se reunió con nosotros, y todos nos dirijimos hácia la casa.

A la puerta de una de las inmediatas disputaban dos hombres con tal calor, que nos temimos concluyesen por venir á las manos.

En lugar de subir al comedor por la escalerilla de madera, salimos á la calle por la puerta de la huerta con objeto de unir nuestros esfuerzos á los de otras personas que procuraban inútilmente aquietar á los contendientes.

Apenas habiamos puesto el pié en la calle, tan, tan, las campanas de la iglesia parroquial tocaron lenta y solemnemente á la oracion.

Todos los hombres, inclusos los que disputaban, nos descubrimos la cabeza; todos nos santiguamos y todos guardamos silencio para pensar en Dios y en los séres queridos, así vivos como muertos.

Me pareció que muchos de los circunstantes llevaban la mano á los ojos.

Los que momentos antes disputaban sañudos solo se dirijieron algunas palabras de reconciliacion, y se separaron sin rencor en el alma, puesto que oi el nombre de Dios en sus labios.

Ana se acercó á mi, llevando por segunda vez el pañuelo á los ojos, y me dijo en voz baja:

—Una pregunta, y si me contesta Vd. lo que espero, acabo de comprender lo que es una cosa que toda la vida he sentido y hasta hoy no he sabido qué nombre darle. Esto que todos hemos presenciado y esto que todos hemos sentido, ¿qué es?
—Es poesia.
—¡Ah! lo repito, bendita sea la poesía, que viene á ser todo lo noble, todo lo hermoso, todo lo dulce, todo lo tierno, todo lo santo que una siente en este mundo!
—Si, Ana, si! exclamé estrechando la mano de aquella mujer.

Y volviendo el pensamiento á ese inmenso fárrago de palabras, que escritas *forman renglones desiguales*, y habladas *se pueden cantar*, que toda la vida he estado viendo en libros y periódicos, y oyendo en banquetes y teatros, oi á mi corazon que decia:

—Atrás, impostores, que porque teneis mas ó menos páginas del Diccionario en la memoria y vuestro oido distingue una frase de ocho sílabas de una frase de nueve, os dais el nombre de poetas! Atrás, los que llamais vírgen sin mancilla á la ramera desvergonzada, haciendo así que el mundo confunda á la vírgen con la ramera y á la ramera con la vírgen! Atrás, los que os llamais poetas y no sentís calor en el corazon ni lágrimas en los ojos cuando un niño tirita de frio ó desfallece de hambre, ó cuando el sol desciende al ocaso, ó cuando las campanas recuerdan á Dios y á los muertos, ó cuando glorifica á la patria el heroismo de sus hijos, ó cuando la virtud resplandece en la vida pública ó en la vida del hogar! Atrás, y dejad el nombre de poetas ó los que sienten así, ya sepan expresarlo con cadenciosos versos ó pulida prosa, ó ya solo con rudas y balbucientes frases! ¿Quién os ha dicho ¡mezquinos! que puede darse el augusto nombre de poeta al que sabe combinar mas ó menos hábilmente cierto número de palabras? ¿Quién os ha dicho que tienen un mismo nombre, Dios que crea seres que piensan y sienten y ejecutan, y el hombre que crea autómatas que ejecutan y no piensan ni sienten?

Esto decia mi corazon, y esto escribo para vergüenza de los banderilleros que componen versos, y para gloria de los que llevando en su seno la poesía caminan noblemente con ella, aunque sientan frio en el cuerpo y en el alma, y se niegan á hacerla bailar sobre el lodo de la calle, por mas que les griten desde los balcones:—Hazla bailar, hazla bailar y te echaremos cuartos!

V.

Renuncio á explicar *lo que es poesía* por mas que los bríos con que comencé mi tarea hicieran esperar otra cosa á los que no conocian cuán débiles son mis fuerzas.

Está visto que la teoría no es mi fuerte.

Si algo he aprendido en este mundo, á la práctica lo debo.

Niño! si sé cuáles son tus acciones, cuál tu lenguaje y cuáles tus sentimientos, es porque me he convertido en niño para hacer lo que tú hacias, para hablar como tú hablabas, y para sentir como tú sentias.

Madre! si comprendo tu amor y tus alegrías y tus tristezas, es porque he identificado mi corazon con el tuyo para saber todo lo que pasaba en tu corazon.

Hijos del dolor y del trabajo! si comprendo vuestras fatigas y vuestros dolores, es porque el dolor ha arrugado mi frente y el trabajo ha encallecido mis manos.

Campos de Castilla cuyo recuerdo voy depositando en estos cuentos! si alguna vez he pintado con fidelidad cómo sienten los que os pueblan, cómo os engalana la primavera, cómo os alumbra el sol cuando sale ó cuando se pone, y cómo la brisa de la tarde esparce por vuestras llanuras el murmullo de los rios que os recorren y el tañido de las campanas que os bendicen y santifican, es porque he vagado por vosotros á todas horas estudiando en el libro de la experiencia.

Acababa yo de llegar á Madrid, niño aun, y encontraba mi único consuelo en pensar en el pobre pero tranquilo hogar de mis padres, y en aquellos sombríos valles y aquellas escarpadas rocas donde habia pasado la niñez.

Por entonces hice conocimiento con otro niño que teniendo mucha aficion á la pintura, asistia hacia años á la academia de San Fernando y dibujaba ya admirablemente.

—¿Qué quieres que te pinte? me preguntaba mi amigo con un lápiz en la mano y un papel delante.
—Pintame una casita rodeada de árboles y rocas, le contestaba yo, que tenia siempre el pensamiento fijo en la casita de mis padres rodeada de rocas y árboles.

Pero mi amigo que no habia salido nunca de Madrid, tenia una idea muy inexacta de lo que son las rocas, y por mas que yo se lo explicase, las rocas que pintaba no me satisfacian.

Yo desconocia completamente el dibujo. Sin embargo, un dia, tratando de explicar por todos los medios al *académico* cómo eran las rocas, tomé el lápiz y dibujé

© Biblioteca Nacional de España

ó mejor dicho copié la casa de mis padres con el paisaje que la rodeaba.

Sorprendiónos en aquel entretenimiento un caballero muy inteligente en pintura, y antes que nosotros tuviésemos tiempo para esconder los dibujos, se apoderó de ellos y se puso á examinarlos.

Como al ir á devolverlos á cada cual nuestro dibujo notase que yo estaba muy colorado, dió al madrileño el mio y á mi me dió el del madrileño diciéndome:

—Toma, hijo, y sigue avergonzándote de tu obra mientras no pintes rocas como tu compañero de glorias y fatigas artísticas.

Desde entonces cuando pinto rocas me acuerdo de las teorías de los maestros, pero me acuerdo mas aun de las rocas que rodean la casa de mis padres.

En las rocas que pinto, no hay arte, pero hay verdad.

No niego que la verdad cabe en el arte, pero cabe mejor en la naturaleza.

¡Pintor! cuando quieras pintar un árbol, trasládate con el pensamiento á las arboledas que alguna vez recorriste, y tomando por modelo el árbol que con mas claridad veas, copia fielmente las escabrosidades y el color de su corteza y las sinuosidades de su tronco y sus ramas.

Pero he dicho que la teoría no es mi fuerte, y estas divagaciones que tienen ínfulas de teoría lo prueban.

Escribo estas últimas líneas en Villaviciosa, y siento á los gaterillas acercarse á mi asidos de la falda de su madre. ¡Dios quiera que no se les antoje averiguar lo que tiene dentro este cuento!

—Hola! hola! me dice Ana, ¿se trabaja?

—Sí, aquí estoy devanándome los sesos á ver si puedo explicar lo que es poesía.

—Vaya si podrá V.! Que me lo pregunten á mí.

—Es que hay mucha diferencia entre la práctica y la teoría.

—Santo varon, déjese Vd. de teorías y enseñe con la práctica.

—Ya, pero como tengo que explicarme por escrito...

—Eh, que no son Vds. para nada! ¿Tiene Vd. mas que escribir de qué modo me enseñó á mí?

—Ya está escrito.

FIN DEL CUENTO.

I.

Ya pasó la estacion de los calores,
Y lleno el rostro de áspera fiereza,
Sobre los restos de las mustias flores
Asoma el crudo invierno su cabeza.

Por el azul del claro firmamento
Tiende sus alas de color sombrío,
Cual en torno de un casto pensamiento
Sus alas tiende un pensamiento impío.

Y gime el bosque, y el torrente brama,
Y la hoja seca, en lodo convertida,
Dale llorosa al céfiro á quien ama
La postrera doliente despedida.

II.

Errantes, fugitivas, misteriosas
Tienden las nubes presuroso el vuelo,
No como un tiempo cándidas y hermosas,
Sí llenas de amargura y desconsuelo.

Mas allá... mas allá... siempre anhelante
Prosiguen sin descanso su carrera,
Bañado en llanto el pálido semblante
Con que riegan el bosque y la pradera.

Que enojada la mar donde se miran
Y oscurecido el sol que las amó,
Solo saben decir cuando suspiran...
¡Todo para nosotras acabó!

III.

Suelto el ropage y la melena al viento,
¡Cuál se agrupan en torno de la luna!...
Locas, en incesante movimiento,
Remedan el vaiven de la fortuna.

Pasan, vuelven, y corren desatadas
Hijas del aire, en forma caprichosa,
Al viento de la noche abandonadas
En la profunda oscuridad medrosa.

Tal en mi triste corazon inquietas
Mis locas esperanzas se agitaron,
Y á un débil hilo de placer sujetas
Locas... locas tambien se quebrantaron.

IV.

Ya toda luz se oscureció en el cielo;
Cubriéronse de luto las estrellas,
Y de luto tambien se cubrió el suelo
Entre iras, gemidos y querellas.

Todo en profunda noche adormecido,
Solo el rumor del huracan se siente,
Pareciéndose su áspero silbido
Al silbido feroz de una serpiente.

¡Cuán tenebrosa noche se presenta!
Mas al abrigo de amoroso techo,
Grato es pensar que la áspera tormenta
No ha de agitar la colcha de mi lecho...

V.

Mas... ¿qué estridente y mágico alarido
La ronca voz de la tormenta trae?
Triste... vago... constante y dolorido
Cual fuego ardiente en mis entrañas cae.

Cae y ahuyenta de mi lecho el sueño...
Ah! cómo he de dormir?... locura fuera,
Fuera locura y temerario empeño
Que con gemidos tales me durmiera...

Ah! ¿cómo he de dormir? ese lamento,
Ese grito de angustia que percibo,
Esa expresion de amargo sentimiento,
No pertenece al mundo en que yo vivo.

VI.

Donde el ciprés erguido se levanta,
Allá en lejana habitacion sombría
Que al mas osado de la tierra espanta,
Sola duerme la dulce madre mia.

Es su lecho mas frio que la nieve,
Mas negro y hondo que caverna oscura,
Y el óuro altivo que los antros mueve
Sacia su furia en él con saña dura.

Ah! de dolientes sauces rodeada,
De húmeda yerba y ásperas ortigas
¡Cuál serás, madre, en tu dormir turbada
Por vagorosas sombras enemigas!...

VII.

Y yo tranquila ¿he de gozar en tanto
De blando sueño y lecho cariñoso,
Mientras herida de mortal espanto
Moras en el profundo tenebroso?...

¿Llegará á tanto el insensible olvido?...
¿La ingratitud del hombre á tanto alcanza
Que entre uno y otro lazo desunido
Ceda siempre al vaiven de la mudanza?

¡Odioso y torpe proceder de un hijo,
A quien la dulce madre en su agonía
Con besos y caricias le bendijo
Olvidando el dolor porque moria!...

VIII.

Nunca permita Dios que yo te olvide,
Mi santa, mi amorosa compañera,
Nunca permita Dios que yo te olvide
Aunque por tanto recordarte muera.

Venga hácia á mí tu imágen tan amada
Y háblame al alma en su lenguage mudo,
Ya en la serena noche y reposada,
Ya en la que es parto del invierno crudo.

Y que en tu aislado apartamiento fiero
Tan ajeno del hombre y su locura,
Velen mi llanto y mi dolor primero
Al lado de tu humilde sepultura.

ROSALIA CASTRO DE MURGUIA.

—32—

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

Una insurreccion era inminente en Palermo; decian las cartas particulares. Antonio con un corto número de amigos se embarcó para Malta, y de Malta á principios de enero de 1848 pasaron á Palermo, donde estuvieron ocultos hasta el 12 de febrero, dia en que aparecieron en la plaza de Fiera-Vecchia con una bandera tricolor en la mano.

El alzamiento tomó cuerpo.

La lucha fué larga y obstinada. Duró desde el 12 hasta el 29 de enero; pero á pesar de un refuerzo de tropas frescas que la flota napolitana desembarcó el 15, y del vivo bombardeo que hizo sobre la ciudad la fortaleza de Castellamare, el choque popular fué irresistible.

Las posiciones fueron tomadas una tras otra como por encanto: el palacio real fortificado recibió un ataque tan vigoroso (aquí salió herido Antonio), que su guarnicion le abandonó el 25; y las tropas acometidas por todas partes hubieron de abandonar la ciudad, y fueron perseguidas victoriosamente.

El movimiento se propagó en breve por toda la isla. Girgenti, Catana, Messina, Caltanisetta, Trapani y Siracusa siguieron el ejemplo dado por Palermo. Ciertas guarniciones rindieron las armas, algunas fueron completamente derrotadas, y otras se retiraron á los fuertes, como lo hizo la de Messina, que de la ciudadela en donde estaba atrincherada continuó su fuego contra la ciudad.

La última poblacion importante que se adhirió al movimiento fué Noto. Su adhesion tuvo lugar el 4 de febrero, y el mismo dia la bandera tricolor ondeaba en las murallas de la fortaleza de Castellamare.

Entonces fué cuando el comité general de Palermo se hizo cargo del poder bajo el título de gobierno provisional de Sicilia, con el venerable Ruggero Settimo por presidente.

Durante este tiempo un nuevo órden de cosas se habia inaugurado en Nápoles, como hemos dicho ya, y esto dió la esperanza de un pronto arreglo entre las dos partes.

De hecho las negociaciones se entablaron muy luego bajo los anuncios de lord Minto, entre el gobierno napolitano y el de Sicilia; pero como el gobierno napolitano deseoso ante todo de ganar tiempo, parecia no tener prisa para establecer un acuerdo amistoso, los miembros del comité general de Palermo, cansados de esperar sin fruto alguno, acabaron por publicar una declaracion en la que decian que el comité cesaria toda especie de negociaciones de paz si no se obtenia como precisa condicion que daria guarnicion á la isla un ejército siciliano.

Al mismo tiempo se convocaron los colejios electorales para el 15 de marzo, y la apertura del parlamento se fijó para el 25.

Por su parte el ministerio napolitano, desesperando de vencer las dificultades de la situacion, dió su dimision y fué reemplazado por el del 6 de marzo.

La llegada al poder de hombres como Carlo Poerio, Saliceti y Savarese prometia una solucion definitiva á la escabrosa cuestion siciliana.

El 7 de Marzo se reunió el consejo al que asistian el rey y el lord Minto, y tomó ciertas medidas que se creyó darian satisfaccion á los sicilianos.

La convocatoria del parlamento fijada ya por el comité de Palermo, fué legalizada por real decreto; el gobierno napolitano acordaba á la Sicilia su parlamento separado y sus ministros particulares, excepto el de Negocios extranjeros; y el hombre mas popular del dia, Ruggero Settimo, era nombrado gobernador general de la isla en nombre de Fernando II.

Crearon un ministerio especial para la Sicilia, cuyo titular debia residir en Nápoles y ser un medio de comunicacion entre el gobierno de la isla y el rey; cargo para el que se nombró al comendador siciliano Scovazzo.

Pero descuidaron completamente el punto mas delicado, que era el que consistia en decidir que ningun ejército que no fuera siciliano, podria ocupar la Sicilia sin el consentimiento del gobierno de este país.

Este silencio sobre el gran punto en litigio fué considerado por la mayoría de los sicilianos como un presagio siniestro, y destruyó los buenos efectos de las concesiones señaladas.

Tal era la desconfianza general contra el gobierno napolitano, que la única probabilidad que quedaba de calmar los ánimos era alejar un ejército que hacia treinta y tres años subyugaba á la Sicilia, y contra el cual Messina combatia aun.

El pueblo se pronunció tan enérgicamente contra las condiciones del 7 de marzo que el comité general las declaró inaceptables, por la razon de que eran contrarias á la constitucion de 1812.

Lord Minto insistió entonces para que presentara sus proposiciones el comité, lo que este hizo; pero el gobierno de Nápoles pretextó la imposibilidad de discutir las condiciones propuestas sin el concurso del parlamento napolitano que no se habia reunido todavía.

La víspera de la reunion de la legislatura siciliana, llegó una protesta del rey acusando á los sicilianos de «poner en peligro la resurreccion de la Italia y de comprometer la independencia y los gloriosos destinos de la patria comun.» Esta protesta declaraba de antemano nulos y sin efecto todos los actos que pudieran tener lugar en Sicilia.

Por consiguiente los dos paises tenian que apelar á la fortuna de las armas.

La cruel perspectiva de una guerra fratricida llenó de horror y de espanto á mas de un noble corazon en ámbos lados del estrecho.

—¡Cómo! exclamaba nuestro amigo el doctor; ¿con que es posible haya aquí dos Estados italianos que se preparen á dirigir todos sus esfuerzos, no contra el enemigo comun, sino el uno contra el otro?

Y Antonio al pronunciar estas palabras se pegaba en la frente.

¿No habia un medio de evitar esta calamidad, la mas terrible de todas? Quizá le habia. Si se podia decidir al gobierno napolitano á que consintiera en que no hubiera en Sicilia tropas que no fueran sicilianas, sin duda se restableceria la paz entre los dos paises.

Tal era al menos la firme confianza de Antonio y de varios de sus amigos del partido moderado, que resolvieron intentar un postrer esfuerzo para alcanzar el resultado apetecido.

Antonio redactó una memoria en la que exponia con mucha lógica las razones que debian persuadir al gobierno napolitano á ceder sobre la cuestion relativa al ejército, extendiéndose largamente acerca de los felices resultados que produciria la buena inteligencia entre Nápoles y la Sicilia.

Leyó esta memoria á sus amigos, y con su entera aprobacion la mandó á Nápoles.

El documento fué presentado á uno de los ministros amigo de Antonio, quien escribió á este diciéndole que pasara á Nápoles sin tardanza para hablar al rey, que

© Biblioteca Nacional de España

en la actualidad, decia el ministro, se hallaba bien dispuesto.

Antonio, sin perder un dia, se fué á Nápoles. Sabia muy bien á todo lo que se exponia dando este paso; no ignoraba que censuraria sus intenciones el espíritu de partido, pero poco le importaba. En tanto que tuviera esperanzas de hacer bien á su país, no era hombre para detenerse por consideraciones personales.

Fué pues á Nápoles, habló con S. M. y abogó ardientemente en favor de la causa que defendia; mas adelante veremos cuáles fueron los resultados.

(Se continuará.)

Decididamente las empresas de este teatro están en via de hacer negocio si el carro no se tuerce. Se comenzó con la compañía que funcionaba en el Balon por no ser la época oportuna de contratar otra, y la compañía del Balon dió aquí muy buenas entradas, contra toda la probabilidad; la ha sustituido una compañía de ópera, y el teatro se vé siempre lleno, y el público está *animado, y aplaude casi siempre*, y cuando no aplaude, tambien se anima en sentido contrario, lo cual es bastante inusitado aquí. Si las empresas continúan hasta el fin con la misma fortuna con que han empezado han de burlar todos los pronósticos de los que, fundados en la experiencia, juzgaban, que seguirian la comun suerte de las empresas anteriores, las cuales han perdido el dinero, por mas que hayan presentado espectáculos muy aceptables. Nosotros celebramos en el alma que á ojos vistas haya disminuido el número de los descontentadizos de otras veces, porque así podremos tener teatro y tener artistas de una categoría que esté en consonancia con lo que el teatro Principal de Cádiz puede dar de sí. Las grandes notabilidades europeas no son para que nosotros las tengamos á pasto, como les sucede á Lóndres, á París, á San Petersburgo, y no porque sus teatros basten para pagarlas, sino porque los gobiernos los ayudan allí con fuertes subvenciones.

Estrenóse esta compañía, la cual es dirigida por el Señor Rizzoli, con la *Lucrecia*, con esa admirable partitura del inspirado Donizetti, destinada á vivir en los teatros mientras los hombres tengan corazon y oidos. La señora Albertini tenia *á su cargo el papel de la protagonista, así como el* de Genaro lo estaba al del Sr. Boucardé. Nos hallábamos por tanto en terreno conocido. En efecto, la Sra. Albertini habia estado en Cádiz años há cantando con Tamberlic y Sermattej, y aunque su estancia fué entonces bastante corta, habia sido la suficiente para dejarnos muy gratos recuerdos. No se han desmentido estos ahora, y nuestra actual prima donna no ha tenido motivo para quejarse del público, que desde la primera noche la aplaudió estrepitosamente en todas sus piezas, y con especialidad en la última escena del cuarto acto.

Los recuerdos del señor Boucardé eran de ayer como quien dice. De él podia ahora esperarse mucho, pero podia tambien temerse no poco; porque si bien es innegable que este artista canta admirablemente, no lo es menos que su voz suele esperimentar, en la actualidad al menos, tales peripecias y aberracciones que con él no hay nunca hora segura. Nadie ignora en efecto que mientras cantó recientemente en nuestro teatro, habia noches en que en esta misma *Lucrecia* arrebataba al público y hacia levantar de sus asientos á los espectadores, que le aplaudian con entusiasmo; pero nadie ignora tampoco que tal vez á la noche siguiente no le era posible cantar una sola nota, dando con ello ocasion á un general disgusto, que rompiendo el freno de las consideraciones estallaba al fin de un modo harto significativo por mas que el público del Principal de Cádiz sea quizá el mas prudente y hasta sufrido de toda España.

Estas alternativas, segun llevamos dicho, habian sido demasiado recientes para que hubiese motivo legítimo para esperar tanto como para temer: todo dependia de las circunstancias del momento. La duda no fué larga sin embargo, y desde las primeras notas no pudo menos el público de conocer que el barómetro del tenor estaba aquella noche amenazando tempestad, la que en efecto sobrevino al cabo, por mas sentimiento que costase el ver en posicion tan desagradable á un artista de gran mérito, á un artista aplaudido allí mismo con frenesí en época poco lejana.

Como para compensar el disgusto que este acontecimiento debia producir forzosamente en la Sra. Albertini, esposa del Sr. Boucardé, el público la colmó de aplausos, haciendo resonar en honor suyo una triple salva de ellos. El mismo señor, comprendiendo que el estado actual de su garganta no le permitia continuar, por el presente al menos, en el trabajo que habia tomado á su cargo, cedió su papel para la inmediata noche á su compañero el Sr. Conti, quien aceptó con una docilidad muy loable, mientras la empresa contratase otro tenor, como en efecto lo hizo sin perder momento, dirigiendo un telegrama al Sr. Marelli, que se hallaba á la sazon en Málaga, y que á los muy pocos dias hizo su primer salida con la misma ópera.

Antes de ocuparnos, siquiera sea brevemente, de este tenor, cúmplenos decir algo de otro artista, nuevo de todo punto aqui, y que tomó parte en la *Lucrecia* ejecutando el papel del duque Alfonso.

El Sr. Lanzoni es un bajo profundo de agradable y robusta voz y de buena escuela. Jóven y de buena figura previene desde luego de un modo favorable. Como jóven que es, no es posible que haya llegado aun adonde sin duda llegará como artista algun dia, pero se conoce que ha aprovechado lo bueno que ha oido y que ha visto, y esto es ya una garantía de su porvenir, cuando por otra parte posee buenos elementos naturales. El público se mostró muy complacido, y se lo manifestó repetidas veces con sus aplausos.

No menor éxito alcanzó el Sr. Marelli en el árduo papel de Genaro, con el que se presentó á las pocas noches, segun llevamos dicho. Este tenor es estremadamente jóven, ó al menos tal nos pareció, no solo por su figura, sino tambien por su manera de cantar. Posee una voz de buen timbre y de extension bastante, pero la poca práctica que es forzosa en su edad, y quizá tambien el deseo de acomodarse al gusto de ciertos públicos, le hacen abusar de sus puntos altos, con lo cual suele á veces perder la seguridad en ellos y los falsea. Por eso en los andantes, en las canturias dulces, está mucho mejor, como pudo notar él mismo comparando el efecto que hizo en el terceto del tercer acto con el que alcanzó en las anteriores por él cantadas. El público de Cádiz comprende que los gritos no son mas que gritos, y que un punto alto dado con vigor y con energía, agrada cuando se dá con oportunidad. Economice sus medios, use de ellos cuando sea menester, y entonces adquirirá la doble ventaja de producir el efecto que el autor se propuso y de no destruir inútilmente su voz.

Respecto á la manera con que fué acogido el jóven tenor de que hablamos, diremos que obtuvo muchos aplausos, y que debió quedar contento de su estreno. Al propio tiempo la Sra. Albertini, no afectada como en la primera ejecucion de esta ópera por el natural disgusto que hubo de experimentar, cantó mucho mejor todavía, y obtuvo un triunfo aun mas completo, ó que por lo menos debió serle mas agradable.

El público pidió la presentacion de los artistas despues de algunos de los actos.

No habiéndonos sido posible concurrir á las representaciones del *Trovador*, nada podemos decir de su ejecucion, al menos por cuenta propia. Se nos ha dicho no obstante, que tuvo muy buen éxito la ópera, y que se distinguió en ella la ya citada Sra. Albertini.

Las entradas siempre abundantes y con frecuencia soberbias para la empresa.

Ignoramos si esta compañía terminará definitivamente sus tareas en los primeros dias de Abril, y no de Marzo, como equivocadamente ha dicho algun periódico, y tampoco sabemos una palabra de si continuará ni de lo que vendrá despues. Sospéchase por algunos que para el verano tal vez tengamos aquí á la compañía dramática formada por el Sr. *Fuentes para el teatro de San Fernando de Sevilla*, bajo la direccion del eminente Sr. Valero. Lo único que de esta compañía sabemos es que hace parte de ella nuestro Sanchez Albarran.

A fuer de aficionados nos alegrariamos mucho de que esa sospecha de algunos llegara á convertirse en realidad.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Descripcion de los peinados de la estampa iluminada.

Nos. 1 y 2. PEINADO DE CORTE. El cabello de detrás se ata muy bajo, y se divide en tres partes para formar las tres cocas que caen sobre el cuello; se hacen estas cocas rizando la parte de encima de los mechones y levantándolos para sujetarlos encima de la cinta. Antes de terminar la castaña, se dispone el cabello de delante que se ha ondulado por medio de las horquillas ondulatrices de Mr. Croisat; se hacen primero los dos bandós que pasan por cima de la oreja, despues se coloca la corona, y en seguida se sujetan por detrás los mechones de la frente que pasan sobre esta corona. Con las puntas de las cocas de detrás se forman las dos cocas de arriba, en seguida se pone un peine y la barba de encage asegurada con alfileres de diamantes.

Nos. 3. y 4. PEINADO CON PLUMAS. Los cabellos, dispuestos ya en ondas, se colocan sobre tres crepés, de los cuales uno es mayor que los otros dos; el cabello de detrás se resuelve á modo de una cuerda al rededor de un tapa-peine guarnecido de rizos largos, y todo ello se sujeta con un peine de cuentas gruesas. Los bandós de delante están sostenidos por crepés; la carrera se abre á un lado, y un tercer crepé sostiene una masa de cabellos, junto á la cual se asegura el penacho; al lado derecho se pone una pluma y y una joya.

N.º 5. PEINADO ADORNADO CON FLORES DE LOS CAMPOS. Detrá se pone un lazo con dos cocas; los cabellos verdaderos se alisan, bajan sobre la parte atravesada del lazo, luego rodean las cocas; todo ello se sugeta con un peinecillo de dientes muy cortos.

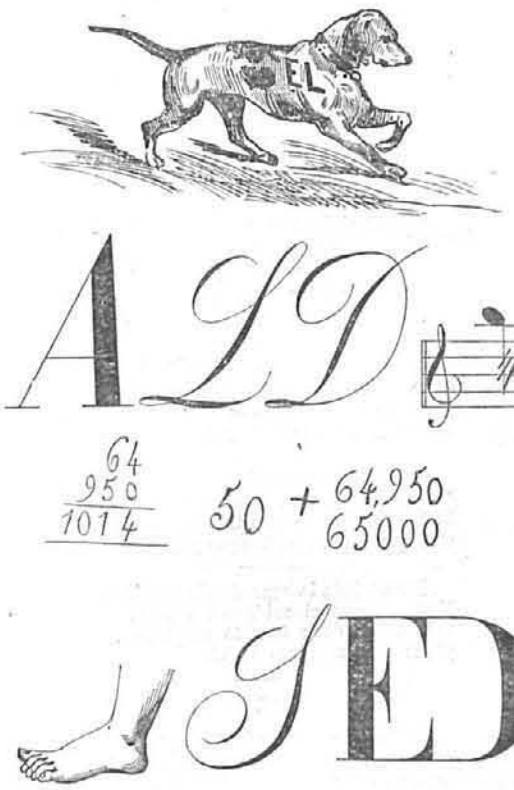
Para ejecutar lo de delante del peinado se dividen los cabellos á ondas en dos partes por cada lado; se emplean cuatro crepés, dos de ellos muy pequeños montados en pequeñísimos peinecillos y otros dos de mediano grueso.

Se hacen primero los bandós inferiores; se peina el cabello hácia adelante, y se ponen los peinecillos de los crepés subiendo, á fin de poder cubrirlos con el cabello cuando este se dirige hácia atrás. Las cocas que se hallan á cada lado de la carrera se hacen del mismo modo. Se dirige el cabello adelante, se ponen los peinecillos subiendo con los dientes hácia arriba, á dos ó tres centímetros de distancia de la carrera, despues se cubre el crepé con el cabello natural; esta coca se sujeta con una aguja, y si los cabellos son largos se hacen con los cabos otras dos y hasta tres cocas. Las flores, dispuestas en ramilletes separados, se colocan en los huecos del peinado. El ramillete mayor se pone delante, encima de la frente.

Solucion del geroglífico del número anterior.

La ensalada salada, bien oleada y por mano de loca meneada.

GEROGLIFICO.



A TODA PERSONA QUE ANTES DE SUSCRIBIRSE QUIERA CONOCER A FONDO LA PUBLICACION SE LE REMITIRÁ UN NÚMERO GRÁTIS.

La Administracion se halla establecida en MADRID, á cargo del Sr. D. Manuel Torrijos, plaza de Sta. María, n.º 2, bajo.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA. Bomba n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

© Biblioteca Nacional de España